




El día 11 de octubre de 1988
se durmió en el Señor nuestro Hermano

Sacerdote
JOSE MARIA ORTUONDO



Nació en Godoy Cruz (Mendoza) el día 8 de septiembre —festividad litúrgica de la Natividad de María Santísima— del año 1912 y fue bautizado en Villanueva (Dep. Guaymallén) el 13 de octubre del mismo año.


Se traslada con su familia a la ciudad de La Plata, donde recibe la primera comunión en la parroquia de San Francisco el 8 de diciembre de 1921. Al año siguiente ingresa en el colegio salesiano “Sagrado Corazón de Jesús” y de allí pasa al aspirantado de Bernal el 31 de agosto de 1927. Termina la escuela primaria. En 1930 comienza los estudios de la filosofía y del magisterio, que interrumpe para hacer su noviciado que culmina con la primera profesión religiosa el 24 de enero de 1932. Retorna luego a sus estudios que corona graduándose de Maestro Normal Nacional. Durante el tirocinio, la obediencia le confía la atención de los alumnos artesanos del colegio Pío IX desde 1935 hasta 1937. Su entusiasmo contagioso logra que uno de sus alumnos alcance la corona de emperador en la corte catequística que se realizaba en aquel entonces.

Desde 1938 al 1941 cursa los estudios de teología en el instituto Villada y recibe el sacerdocio por la imposición de las manos de Monseñor Fermín Lafitte el 23 de noviembre de 1941, año centenario del inicio de la Obra de Don Bosco.

Desde 1942 lo encontramos en la escuela agrícola de Ferré, primero en calidad de maestro y asistente, luego como catequista (1943), y después como ecónomo (1945).

En el año 1949, junto con el padre Enrique Ferlini, inicia la actividad salesiana en Formosa. Allí trabajará durante 26 años desempeñando todas las responsabilidades sucesivamente hasta ser designado Director en el período que va desde 1966 hasta 1973.

A partir de 1974 lo encontramos desarrollando su apostolado en la comunidad de Concepción del Uruguay atendiendo la economía. Desde allí pasa a la ciudad de Paraná en 1980, desempeñándose como vicario y ecónomo. Se reencuentra con su apostolado más querido cuando en el 1984 es trasladado al oratorio Domingo Savio de la ciudad de Rosario. Durante el año centenario de Don Bosco, con generosa obediencia y a pesar de algunos trastornos de salud que no quiso tener muy en cuenta, vuelve a Concepción del Uruguay en donde a los pocos días de su retorno, se manifestaron problemas cerebrales tan serios que obligaron a su internación en un sanatorio




se acercó a nuestro humilde rancho en Formosa y comenzamos a trabajar juntos y él empezó a conocer nuestras limitaciones económicas, nuestras penurias y el deseo expresado por mi madre de que quería para su hijo la posibilidad de una educación que, por limitaciones económicas, ella estaba impedida de asegurarme; pero al mismo tiempo mi madre tenía al lado a un hijo que ya estaba trabajando para poder subsistir y que renunciaba a esa posibilidad de ayuda. Y así fue que el P. José María compró todos los elementos que necesitaba un chico para poder estudiar en un colegio salesiano, fuera del ámbito provincial.

Fue a partir de ese instante cuando me alejé de mi hogar, con la esperanza puesta en el futuro y con la posibilidad que me brindaba un salesiano, un hijo de Don Bosco”.

“Debo decir que a partir de ese instante nunca más estuve descalzo; debo decir que, a partir de ese momento, por primera vez, calcé un par de zapatos; a partir de ese momento, por primera vez, vestí un traje.

También debo decir que, a partir de ese momento, tuve cuadernos, lápices, libros y todos los elementos necesarios para poder estudiar... tuve pan y comida a la hora del almuerzo y a la hora de la cena, ya que desde Formosa, el P. Ortuondo me había llevado hasta la provincia de Córdoba e internado en el Colegio Salesiano, para poder iniciar mis estudios, cuando a mi edad, muchos jóvenes terminaban la escuela primaria. También debo decir que cuando llegué a ese colegio hablaba más el guaraní que el castellano”. Hasta aquí el Diputado.

El señor quiso purificarlo con un larga enfermedad a la que ya se ha aludido. Estos meses de ansiosa incertidumbre brindaron la oportunidad para apreciar la paciencia del Padre en los momentos en los que daba signos de lucidez y la solícita caridad de los salesianos, en particular del Sr. Juan Giménez, vocación del oratorio de Formosa, quienes se alternaron en el cuidado del enfermo con Sor Cecilia, H.M.A. hermana del Padre. Por su parte, el Comandante de Gendarmería Nacional, de la zona litoral, antiguo oratoriano del Padre, demostró su afecto y gratitud hacia el mismo destinando un subalterno para acompañarlo durante las horas de la noche. Estos gestos evidencian el aprecio y correspondencia que mereció la tesonera acción salesiana desplegada por el Padre. Cabe añadir a ellos el decreto N° 3937 del 8 de diciembre de 1986 mediante




moso testimonio del P. Manuel Ostertag quien, entre otros conceptos, nos dice: “Después de 25 años en la ciudad de Formosa como Fundador, Director, constructor y «fac tótum», el Padre José Ma. Ortuondo vino a integrar nuestra Comunidad (Parroquia y Colegio) de Concepción del Uruguay por cuatro años. Naturalmente, después de tantos años en «la cresta de la ola» admiramos en él su fuerte espíritu religioso salesiano en la adaptación pronta, alegre y ejemplar para compartirlo todo en la vida común... Siempre generoso para toda clase de ministerio sacerdotal: enfermos, confesiones y predicación sencilla y anecdótica avalada por la experiencia personal y su fecundo sacerdocio al servicio del pueblo de Dios. Era bien estimado por los hombres de la Comisión Parroquial y del colegio Don Bosco con quienes compartía animadas “truqueadas” en las sobremesas o en los campeonatos de naipes. Vivió su vida de “consagrado” como un “don sincero” a Dios en austera pobreza, humilde obediencia y esplendoroso celibato sacerdotal por el reino de Dios”... No quisiera terminar este perfil sin mencionar la profunda y filial devoción a María Auxiliadora y a Don Bosco del P. José; esto era toda «la razón de ser» de su identidad salesiana”.

Esta ejemplaridad de vida despertó en numerosos jovencitos gérmenes de vocación a la vida consagrada. ¡Con cuánto interés va anotando en su crónica el P. José los nombres de estos chicos y las alternativas que los mismos van viviendo!

Oportuno es transcribir aquí el momento del discurso de alguien que, a la distancia de más de 3000 km., para rendir homenaje a Don Bosco en su Centenario no tuvo mejor recurso que recordar al P. Ortuondo. Dijo así el Diputado Melgarejo ante las Cámaras de la Provincia de Santa Cruz en diciembre último:

“Señor presidente, cómo me hubiese gustado que hoy, en este recinto, nos estuviese acompañando el P. José María Ortuondo, porque junto con él hubiese podido recordar instancias hace más de 38 años, hubiésemos recordado juntos, una madrugada cerca del puerto de la ciudad de Formosa, donde nos encontramos por primera vez; yo, descalzo con una carretilla en las manos, llena de frutas que salía a vender por las calles de la capital provinciana. Se acercó el P. José M. Ortuondo, me saludó y nos sentamos en un banco a conversar; le dije que no tenía padre, que no lo había conocido, que hacía poco tiempo que había llegado a la ciudad de Formosa. Así lo hice y así nació una amistad y así fue cómo el P. Ortuondo,




de la ciudad de Rosario, en donde el Señor quiso prepararlo para el premio durante siete meses de paciente sufrimiento.

Quien se relacionaba con el P. Ortuondo percibía inmediatamente que se hallaba frente a una persona lúcida, decidida, constante. En una crónica personal escrita durante los inicios de su apostolado en Formosa descubre, sin pretenderlo, los rasgos distintivos de su carácter: toda su vida fue olvido de sí mismo, entrega generosa, fidelidad en el cumplimiento de sus responsabilidades. Con toda naturalidad sabía alternar las actividades catequísticas con el manejo de la pala o del hacha; el apostolado sacramental con la organización de kermeses. Para él resultaba tan espontáneo el trato con las autoridades como la compañía de sus oratorianos en las excursiones: estaba siempre dispuesto para cualquier actividad que se le confiara. Pero sus preferencias, que se manifiestan en su diario y que destacó el Rdm. P. Inspector en la Misa exequial concelebrada, fueron para el oratorio y para la catequesis. A ésta dedicó su entusiasmo juvenil, como señalamos al recordar su tirocinio. Pero ese empeño no fue motivado por el deseo vano del triunfo en una corte de catecismo, sino que surgía de su auténtica caridad apostólica: fue catequista durante toda su vida y en todas partes. Todavía hoy se conserva en Formosa el árbol a cuya sombra, como otrora Don Bosco, reunía a sus oratorianos para catequizarlos.

Pero su preocupación por irradiar el bien no se limitaba a las formas de apostolado salesiano que llamaríamos tradicionales. De una esquila escrita por un miembro de la colectividad israelita, y que el Padre conservó entre otros papeles, extractamos: (El suscrito) “asimismo recuerda su humana comprensión cuando acudía con su máquina proyectora para pasar películas Judío-Israelíes en el salón Israelita de Formosa. Recuerda también sus palabras acertadas y sinceramente jocosas de gran convivencia humana en la mesa redonda en la misma sociedad Israelita... y todas sus bellas acciones en su vida ejemplar en nuestro medio”.

El Padre José fue un experto administrador. Para la construcción de los edificios de Formosa y de Concepción del Uruguay supo encontrar e invertir recursos económicos cuantiosos que manejó con estricta escrupulosidad y total olvido de sí, como pudo comprobarse durante la revisión de sus objetos de uso personal cuando enfermó. Mas este desprendimiento no fue sólo de las cosas sino, especialmente, de sí mismo. Al respecto hemos recibido un her-



el cual la autoridad municipal de Formosa lo declara "Ciudadano Ilustre". Signo póstumo de esta misma adhesión fue la serie de condolencias expresadas por el gobierno de la provincia y por la comunidad formoseña, como asimismo la voluntad manifestada de inhumar sus restos en la ciudad a la que dedicó la mayor parte de su ministerio sacerdotal y apostólico.

Nuestro padre Ortuondo "consumió su vida en la Congregación... su recuerdo nos estimula a proseguir con fidelidad nuestra misión". (C. 94). Nuestro cariño de hermanos y nuestra esperanza cristiana nos lo hacen imaginar gozando de la visión beatífica. No olvidemos, sin embargo, de recordarlo en los sufragios que nos exige ese mismo amor fraterno.

Quiero, al despedirme de ustedes, expresar la gratitud de nuestra Comunidad a los Hermanos de la Casa Inspectorial, a los del Colegio San José y de las casas de formación inicial por el cuidado dispensado a nuestro enfermo durante el tiempo de su estadía en la ciudad de Rosario. Se lo recompensará quien les dirá un día: "Estaba enfermo y me visitasteis".

Ernesto Di Bárbora

Director

Datos para el necrologio:

P. José María Ortuondo: Nació el 8 de setiembre de 1912 en Godoy Cruz (Mendoza), y falleció en Rosario el 11 de octubre de 1988, a 76 años de edad, 47 de sacerdocio y 56 de vida religiosa.